

Enrique Malboysson

LA VIUDA DE BLASCO IBÁÑEZ HABLA DEL ILUSTRE MUERTO

(*Estampa*, 5-6-1928)

El nombre de Blasco Ibáñez ha constituido siempre una palpitante emoción en Valencia. De amor y de ira, de fe inquebrantable y rugiente, y de odio feroz. Ahora, esa emoción pone llanto en toda la ciudad, aunque vive el pueblo como si «don Visent» estuviera para asomar de un momento a otro al abrirse las nubes sobre el mar, para dar paso a un nuevo personaje homérico, que cabalgase sobre las olas como en sus tiempos heroicos, agitada por el viento su cabellera de león y más hirsutas que nunca aquellas barbas famosas de señor del medioevo.

El pensamiento valenciano, desde la desaparición del novelista, vuela interrogante hacia Menton, como si no quisiera creer en la dura realidad. Su muerte parece todavía otro episodio que Blasco hubiera intercalado en una de sus novelas; y sus paisanos organizan una emocional peregrinación a los ámbitos de la Costa Azul, para alfombrar de flores valencianas aquellas tierras, también como estas, sensuales y luminosas.

En estos momentos llega a Valencia, cual mensajero del infortunio, una mujer, con los siete puñales de la fatalidad incrustados en su corazón sangrante: Doña Elena Ortúzar Bulnes, viuda de D. Vicente Blasco Ibáñez.

Es una figura de relevante actualidad; pero la tarea de entrevistarse con esta dama para contar al público sus impresiones, choca con unos escollos casi infranqueables. Quiere mantener intangible y recoleto su dolor. Insistencias reiteradas logran al fin vencer aquella explicable negativa.

—Señora mía —hemos de oponer a sus reparos—: la memoria del esposo pertenece a usted y a sus hijos; pero el nombre del escritor nos corresponde a todos los españoles.

Y, con un gesto de acatamiento cordial y sumiso a esta razón, se dispone D^a Elena a contar a *Estampa* algo que reviste un interés destacado.

—Llego a Valencia acompañada de una gran amiga mía: la distinguida señora ecuatoriana doña Carlota Sotomayor de Álvarez. También han venido conmigo mis fieles servidores que han estado a las órdenes de mi marido más de veinticuatro años: el chófer, valenciano, de Requena, Ramón Jiménez y Casilda, su mujer. Esta acompañó a Vicente en su vuelta al mundo. A Barcelona fueron a recogernos en su auto mis hijos, el

matrimonio adorable formado por Pilar Tortosa y Sigfrido Blasco Ibáñez, el pequeño de la casa, este muchacho que, por su gran parecido físico y moral, me recuerda constantemente al padre.

—¿Estará usted muchos días en Valencia?

—Una temporadita. Quiero saturarme bien de cuanto ella encierra y que ya me era familiar por los libros y por las charlas de mi marido. Esta tierra era su obsesión, créame usted. La mayor parte del día se la pasaba hablando de este mar, de sus huertas, de sus flores. Nuestro jardín de Fontana Rosa es un fragmento valenciano. Los naranjos, las mayólicas ¡hasta la tierra! se la enviaban de aquí.

—Así, pues, supongo que le serán conocidos todos los protagonistas de sus novelas regionales: *Pimentó*, de *La barraca*; *Sangonera*, de *Cañas y barro*...

—Sí, sí —me interrumpe enternecida—; a todos los conozco: a la «tía Picores», de *Flor de mayo*; a «doña Manuela», de *Arroz y tartana*; a «Leonora», de *Entre naranjos*... a todos a todos. «Pobre Vicente mío.»

—¿Cuándo se le notaron los primeros síntomas de la enfermedad?

—Verá usted. En 1918 principió a sentirse atacado por una aortitis. Se puso en tratamiento y se desenvolvía sin molestias físicas hasta el 8 de enero de este año, en que llegamos a Menton procedentes de París, donde los fríos agudizaron su dolencia. Así estuvo hasta el día 21, dedicado a dirigir varias construcciones y las reformas de Fontana Rosa. Tres días antes de morir almorzamos con el famoso dramaturgo francés Mr. Verneuil, hasta que surgió la tragedia.

Aun a trueque de ahondar más en la angustia que le domina, aventuro esta pregunta:

—¿Sufrió mucho en la agonía don Vicente?

—No; dejó la vida de un modo apacible. Sus últimas palabras fueron para Valencia. ¡Siempre su Valencia! «Ven, Chita —me decía, cogiendo mis manos con febrilidad—. ¿Ves aquellos rosales tan floridos? Son de Valencia. ¿Y aquel lago? ¿Por qué revolotean tan altas aquellas palomas? ¡Ah, sí, es que se elevan hasta el Miguelete! Valencia, Valencia mía... Chita... mis hijos.» Así se apagó para siempre aquella luz.

—Vamos, vamos, doña Elena. Cuénteme usted alguna anécdota de don Vicente.

—¡Hay tantas! Pero una sobre todas no la olvidaré jamás. Poco tiempo antes de morir había recibido varios anónimos amenazadores. Él no les concedía importancia alguna. Yo, sí. Una noche, al penetrar Vicente en su despacho de Fontana Rosa se topó con un hombre que hasta allí se había introducido cautelosamente y sin saber cómo.

Miraba con furia a mi marido. Parecía pronto a estallar en una amenaza. Vicente, con su sangre fría característica, se adelantó hacia el misterioso y poco tranquilizador huésped: «¿Qué hace usted aquí?», le preguntó. Titubeó un poco el forastero, y con ademanes sospechosos dijo que era capitán de artillería. Mi marido, al reparar en su porte astroso, rió la ocurrencia y comenzó a hacerle preguntas sobre el tecnicismo profesional y, efectivamente, aquel hombre resultó que ni era capitán ni siquiera cabo, y sí un pobre camarero, sin ocupación, que tras penetrar tan insensatamente en casa, salió de ella con unos francos en el bolsillo. ¡Qué susto tan horrible me llevé!

—¡Sí que fue aquella una manera original de solicitar un socorro! Si no es impertinente la interrogación —agrego—, ¿quiere usted decirme, señora, qué proyectos abriga usted para el porvenir?

—Pues, de aquí, regresaré a Menton. Quiero conservar aquella casa tal como la dejó mi marido y cumplir después su idea; que se convierta Fontana Rosa en un refugio para escritores. Todo lo dejaré igual que está ahora.

—¿Qué vida hacía don Vicente?

—Se levantaba a las siete y, después de desayunar y bañarse, paseaba hasta las diez por el jardín. Se ponía entonces a trabajar hasta la una y media. Almorzaba, otro paseíto y vuelta a laborar. No fumaba ni bebía una gota de alcohol. Hay un detalle que le revelará su temple tesonero. ¿Usted ve lo cerca que allí tenemos a Montecarlo? Pues no había jugado un solo céntimo en su vida. Él se llamaba a sí mismo la *mascota* por eso, por no haber aventurado jamás un centavo en estos azares.

—¿Qué obras tenía en proyecto y recién terminadas?

—Esbozada, una novela sobre la paz. Habíamos estado en Ginebra para documentarse. A mí me la había contado ya varias veces. Era de un fondo muy humano y elevado. Terminadas ya, *En busca del Gran Khan* (la novela de Colón), *El caballero de la Virgen* (la del capitán Alonso de Ojeda), *El fantasma de las alas de oro* (novela de costumbres de Montecarlo) y *La juventud del mundo*. Escrita igualmente y a punto de dictarla, *El oro y la muerte* (la novela de Balboa).

—Una pregunta indiscreta: ¿Cuánto dinero ha ganado don Vicente?

—No sé. Mucho, muchísimo... Eso no tiene importancia. Un detalle le bastará a usted para apreciarlo. Por las primicias de *El Gran Khan*, para publicarla en inglés y en folletón, le pagaron cien mil dólares.

Han penetrado en el hall del Palace, donde se hospeda con la señora Sotomayor, los hijos de D^a Elena, Libertad Blasco Ibáñez y su esposo D. Fernando Llorca, antiguo

periodista y hoy profesor de esta facultad de Leyes; Sigfrido y su señora, D^a Pilar Tortosa. En un aparte de la efusión familiar, la señora Sotomayor, dechado de toda distinción, gentileza y simpatía, me dice con su encantador ceceo americano:

—Es muy buena doña Elena. Y de una familia de insigne abolengo: tiene entre sus ascendientes dos señores que ocuparon la presidencia de la República.

—Doña Elena —me aventuro a pedir una vez más—; ¿sería usted tan amable que nos permitiese que nos trasladásemos a los Viveros Municipales a posar para *Estampa*?

—Lo que usted quiera.

Y allí, en esta tarde enervadora de mayo, entre la rosaleda del bello jardín, dispone Barberá el objetivo fotográfico.

Doña Elena, en posesión de su belleza serena y rubia, contempla con melancólica amargura, abriendo mucho sus grandes ojos azules, la caricia de estas flores valencianas. Unas palomas remontan el vuelo, perdiéndose de vista hacia el mar.

—¿Eran así aquellas flores y aquellas palomas que veía don Vicente? —le pregunto con viva emoción.

—Sí, ellas son —gime la noble señora—. ¡Mi Vicente! ¡¡Su Valencia!!...